

***XIX PREGÓN DE LA PONTIFICIA, REAL E ILUSTRE  
HERMANDAD SACRAMENTAL DE SANTIAGO APÓSTOL  
Y COFRADÍA DE NUESTRO PADRE JESÚS DE LOS  
REMEDIOS EN EL SANTO SEPULCRO Y NUESTRA  
SEÑORA DE LA SOLEDAD  
“ENTRE MIS DOS AMORES”***

***Pregonera M<sup>a</sup> del Valle Carreras Álvarez  
Secretaria de la Hermandad  
Parroquia Matriz de Santiago Apóstol  
Castilleja de la Cuesta  
15 de marzo 2007***

Soledad y Remedios,  
Remedios y Soledad.

Mi pregón, no podía comenzar de otra manera,  
sino pronunciando, los dos vocablos que encierran,  
la verdadera esencia del sentimiento placeño,  
que inunda mi corazón, desde antes que naciera.

Soledad y Remedios,  
Remedios y Soledad.

Ante este momento crucial,  
a Vosotros, pido fuerzas,  
para poder pregonar  
con el don de la palabra  
el sentir de mi Hermandad.

Soledad y Remedios,  
Remedios y Soledad.

Qué alegría y qué orgullo siento esta noche,  
de ser yo vuestra pregonera,  
de tener el privilegio de expresar  
lo que siento y lo que quiera,  
de poder desnudar mi alma  
y que hasta el aire sea testigo  
de mis palabras eternas.

Soledad y Remedios,

Remedios y Soledad.

Con sólo pronunciar sus nombres,  
mis nervios hacen acto de presencia,  
no controlo mis palabras,  
mi pulso ya se acelera  
y todo mi cuerpo tiembla.

Porque son tantos los sentimientos,  
lo que ser de la Plaza encierra,  
y tanta la responsabilidad que siento  
desde que recibí tan inesperada encomienda,  
que deseo, esta noche, con todas mis fuerzas,  
que mis palabras sean flechas  
que atraviesen vuestros corazones  
y os identifiquéis con ellas.

Soledad y Remedios,

Remedios y Soledad.

En mi alma, os llevo noche y día,  
sois la luz de faro refulgente  
que me acompaña y que me guía,  
que me aguarda y me protege  
como se hace con una hija.

Soledad y Remedios,  
Remedios y Soledad.

Yo me siento placeña de los pies a la cabeza,  
el color de la sangre es el color que a mí me llena,  
junto al blanco de las nubes, de la nieve o la pureza,  
los dos colores que portan nuestra bendita bandera.

Soledad y Remedios,  
Remedios y Soledad.

Y es este sentimiento la mejor herencia,  
que me dejara, hace ya 22 años,  
ella, mi abuela Pepa,  
a la que desde aquí rindo homenaje  
por crear en mí tan buena huella,  
reflejada en sus cuatro hijos placeños,  
por casta y por coraje en tierra.  
Porque, aunque con 4 años me abandonara,  
y convirtiera al cielo en su morada,  
todos los días me acuerdo  
lo mucho que era de La Plaza,  
me lo dice mi familia  
y también la gente que me para,  
y que tuvieron la suerte de conocerla y de tratarla.  
Buena persona donde las haya.

El arte en sus venas llevaba,  
servicial y generosa,  
graciosa y enamorada,  
querida por sus vecinos  
que hasta en poesías te alaban.  
Buen legado me dejaste  
y ejemplo de ello es este Pregón  
que brota de mi corazón  
y va directo a tu alma.

VAPOR TÍ, ABUELA PEPA.

- Reverendísimo Señor Cura Párraco de esta Villa, D. Baldomero Delgado Pérez,
- Excelentísima Señora Alcaldesa - Presidenta del Ayuntamiento de Castilleja de la Cuesta, Doña Carmen Tovar Rodríguez,
- Representantes de la Corporación Municipal de esta Villa.
- Sr. Director y miembros de la Sociedad Filarmónica “*Santa María de las Nieves*”, de Olivares.
- Hermano Mayor y miembros de la Junta de Gobierno de la Pontificia, Real e Ilustre Hermandad Sacramental de Santiago Apóstol y Cofradía de Nuestro Padre Jesús de los Remedios en el Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad, agregada desde el año 2005 a la Archicofradía Universal del Apóstol Santiago, sede apostólica, compañeros y compañeras;
- Señoras y señores, hermanos y hermanas, cofrades, amigos todos en el corazón de Cristo.

Quisiera, que mis primeras palabras, fueran de sincero agradecimiento para mi presentadora y amiga Graci. Estoy segura, que la gran amistad que nos une, ha hecho que brote de tu corazón, la semblanza que has pronunciado sobre mi persona. Sin duda, tu discurso ha reforzado, aún más si cabe, los estrechos lazos que nos unen desde hace ya años. Pero, he de confesar, que solamente ha enaltecido mis bondades, y que, como ser humano que soy, también tengo mis defectos aunque, ante los ojos de la amistad, se vean menos. Gracias, amiga.

*- Pregonera, tú serás nuestra pregonera.*

Desde que escuché estas palabras,  
hace casi un año ya,  
mil veces me he preguntado,  
que té digo Madre mía  
que no te hayan dicho ya,  
cómo resumo en palabras  
el sentir de mi Hermandad.

En una de esas cávalas estaba,  
aislada en mi mundo interior  
cuando, una inesperada visita,  
mis pensamientos sobresaltó.

Asombrada por la situación,  
acerté a preguntar quién era  
la persona que llamaba,  
a las puertas de mi corazón.  
Aturdida me quedé,  
cuando estas palabras escuché:

- Vestido de blanco y rojo vengo,  
blanca es mi túnica,  
rojas son mis alas,  
como los papelillos  
que allá arriba en el cielo  
dicen que tira la gente de La Plaza.

Son muchos los placeños  
que de esta Hermandad allí me hablan,  
y tengo tanta curiosidad,  
que he conseguido escapar  
para que mi alma compruebe  
si todo lo que cuentan es verdad.

Hablan de María Santísima  
que en Castilleja es Soledad,  
de una majestuosa belleza,  
que nadie puede igualar.

Hablan de un Cristo yacente,  
que en su urna de cristal,  
no está muerto, sino duerme  
para toda la eternidad.

Lo llaman Jesús de los Remedios  
porque sabe escuchar  
las penas de todos sus hijos  
a las que remedio da.

Hablan de Santiago Apóstol,  
vuestro primer Titular,  
que va montado a caballo  
y celebra cultos en la Velá,  
el patrón de vuestro pueblo,  
desde hace más de 6 siglos ya.

Hablan de la Parroquia de Santiago,  
que en la plaza del pueblo está,  
la engalanan una torre y unos arcos,  
símbolos de vuestra Hermandad.

Hablan de la Semana Santa,  
aquí, en Castilleja,  
en la Puerta del Aljarafe,  
donde la Giralda se asoma



para contemplar la belleza  
de sus rincones y paisajes,  
pueblo cargado de historia  
y de ilustres personajes.

Hablan de una tarde de Viernes Santo,  
con solera y señorío,  
de un Santo Entierro que sale  
en medio de un gran gentío  
de una madre que se ha quedao sola  
porque a su hijo ha perdío.

Hablan de una gran fiesta en Domingo,  
para celebrar el regreso a la vida eterna del Señor,  
que se inicia con misa mañanera,  
seguida del Santísimo en procesión  
por la Plaza de Santiago  
para vosotros, la auténtica resurrección.

Después llega la romería,  
aquí conocida como "Vuelta",  
el Simpecao divino  
es portado en una carreta,  
mujeres cantan y bailan  
ataviadas de flamenca,  
papelillos rojos al aire

al igual que las banderas  
que adornan los balcones  
de toa Castilleja entera.

Hablan de las Jornaditas  
que se celebran por Navidad,  
de una Noche Buena de ensueños  
en la que el Rey de los Cielos  
nace al son de cohetes tronar.

Hablan de hombres que cantan  
al son de guitarra y campanilla  
que recorren las calles del pueblo  
en noches de frío y camilla  
que de sus gargantas brotan  
las más antiguas coplillas.

Hablan de una fiesta  
la Gran Velá de Santiago,  
que en honor al Patrón se celebra,  
en la Plaza, en julio, cada año,  
y que culmina en noche de cohetes y rosario,  
de flamencas y faroles, de aurora y de canto.

Hablan de...

En ese preciso instante,  
al ángel interrumpí,  
le pedí que silencio guardara  
y que me dejara seguir  
para completar las maravillas  
que Él me estaba contando a mí.

Un silencio eterno se hizo,  
el Ángel asiento tomó,  
y tras tomar aire puro,  
y encomendarme a los dos,  
de mis labios brotaron  
este rezo, esta oración,  
esta semblanza que aúna  
mi fe y mi devoción.

Virgen de la Soledad,  
desde niña, mi madre me enseñó,  
a quererte con locura,  
a saberte venerar,  
a mirarte sin fisuras,  
a abrirte mi corazón,  
a sentirme contigo segura,  
a pedirte que me ayudes  
en esta mi larga andadura,  
a contarte mis sueños y mis deseos,

mis penas y mis locuras,  
a amarte sin rodeos,  
eternamente y con dulzura,  
a confiar en Ti plenamente  
incluso en los momentos de amargura,  
a seguirte ciegamente,  
Soledad, Soledad, pura,  
a rezarte como lo hace  
un placeño desde la cuna.

A Ti, Soledad, desnudo mi alma,  
sin tapujos ni reservas,  
eres quien noche al oído  
me susurra cosas buenas,  
la que ilumina mi camino,  
la que no deja que desfallezca,  
la que escucho con atención  
porque siempre bien me aconseja,  
la que me ofrece esperanzas  
cuando esperanzas no queda,  
a la que desnudo mi alma,  
como si mi alma ella fuera,  
la que mejor me conoce,  
la que entiende mis problemas  
la que nombro tó los días  
Soledad, Soledad, qué belleza,

ésa que Tú desprendes  
de tu excelsa cara morena  
de tu sonrisa blanca,  
de tu mirada serena,  
de tu pelo ondulado,  
de tu boca risueña,  
de tus mejillas sonrosadas,  
de tus ojos de canela,  
de tus manos finas,  
de tus pestañas espesas,  
de tus cejas arqueadas,  
de tu nariz perfecta,  
de tus labios que parecen  
azucenas en primavera,  
de tu cuerpo perfumado  
de rosas, de claveles, de cera.  
¡Qué guapa, qué guapa Soledad,  
Cuándo te tengo tan cerca!  
Tras mis primeras palabras,  
el Ángel me contestó:

- Cuánto debes querer hija mía,  
a la bendita Madre de Dios.  
Mi alma palpita de gozo,  
de tus palabras se vislumbra  
la perfección de su rostro.

A lo que le respondí:

- No lo dudes ni un instante.

Ángeles como tú,  
debieron perfilar tal belleza,  
que no existe en el firmamento,  
lucero ni estrella,  
que irradian más luz que Ella.

No hay en el mundo flores  
cuyo olor se pueda comparar  
al aroma que desprende  
mi Virgen de la Soledad.  
Huele a exótica orquídea.  
huele a fino jazmín,  
huele a lirio mañanero,  
y a clavel carmesí.

Huele a fresco romero,  
huele a rosa recién cortada,  
huele a margaritas del campo,  
y a amapola enamorada.

Huele a nardo perfumado,  
huele a azahar florecido,  
a pétalos de mil flores,  
a gladiolo recién cogido.

Huele a canela en rama,  
huele a jacinto en flor,  
al rocío de la mañana,  
a Semana de Pasión.

Pero déjame seguir con mi historia,  
aunque venga a mi memoria,  
el triste episodio del pasado Viernes Santo,  
y vuelva a sentir en mi boca ese sabor amargo.

Aunque quisiera, no puedo, no puedo olvidarlo. Como todos los años, ese día me suelo levantar temprano para disfrutar de él minuto a minuto. Todos los Viernes Santos son para mí un ritual.

Antes de poner los pies en el suelo,  
lo primero que hago es rezar,  
para que nuestro Titulares  
se puedan pasear,  
por las calles de nuestro pueblo,  
demostrando su arte y saber estar.

Después pregunto a mi madre  
¿Qué tiempo hace?

Y me asomo a la ventana,  
deprisa, corriendo,

para comprobar con mis ojos  
si es verdad lo que me está diciendo.

Aunque a veces, me despiertan los sonos de la banda  
que anuncia la llegada del Viernes Santo, al alba.

No puedo, no puedo borrar de mi mente el pasado Viernes Santo.

Ya por la mañana,  
las inclemencias del tiempo hacían presagiar  
lo que todos los hermanos sabían,  
pero nadie se atrevía a pronunciar.

En las casas, todo preparado.

En la Parroquia, igual.

Pero el cielo encapotado  
no dejaba al sol brillar  
y algunas gotitas caían  
muy a nuestro pesar.

La mañana la pasé en la Iglesia Parroquial, junto a mis Sagrados  
Titulares, a los que una y otra vez recé, en silencio, pidiéndoles  
que me concedieran el milagro. Pero Ellos quisieron que el  
tiempo, caprichoso, los dejara en el lugar donde se encuentran  
más a gusto: en su Casa.

Los observaba una y otra vez,  
en sus majestuosos pasos,



Y pensaba: ¡Que no,  
que no pueden quedarse dentro!

Ya por la tarde, me vestí de nazareno,  
y me dirigí al templo  
junto a mis compañeros de Junta de Gobierno.

Los rostros reflejaban,  
la amargura del momento.

No hizo falta una palabra.

Nos mirábamos en silencio.

Ya se acercaba la hora

Y fuera seguía lloviendo.

La suspensión de la tradicional vuelta de las seis y media fue para mí la señal inequívoca de que nuestra cofradía no iba a realizar su Estación de Penitencia. La amarga decisión estaba tomada y había que comunicársela a los hermanos y hermanas presentes en el interior de la Parroquia. Nunca antes había imaginado tener que sufrir esta desagradable vivencia al ser yo la persona encargada de transmitir el trágico desenlace.

Qué momentos tan intensos,  
qué tensión tan contenida,  
qué misión tener que comunicar,  
algo que todos sabían,  
que nuestros Sagrados Titulares  
a la calle no saldrían  
y en el interior del templo permanecerían.

Aún conservo en mi retina el desconsuelo de ese momento. A Ellos les pedí fuerza y entereza para que no llorara pronunciando el veredicto. Ni siquiera recuerdo cómo pude terminar de pronunciar tales palabras. ¡Pesa tanto su significado! Y no pude, no puede soportarlo. Desde que comencé a hablar, sentí un nudo en la garganta y la pena que embargaba todo mi ser en ese momento se apoderó de mi persona y acabé por derrumbarme.

Sí, lloré, lloré, como hacía mucho tiempo  
que no lo hacía,  
Lloré hasta que mis ojos se quedaron sin lágrimas,  
Madre mía.

Muchas fueron las sensaciones  
que hicieron brotar de mis ojos  
lágrimas de desconsuelo.

Lloré de rabia, de pena,  
de impotencia, de anhelo.

Lloré porque la estampa  
que tenía delante de mis ojos  
no podía quedarse en el templo.

Lloré, Soledad, porque tu Hijo estaba muerto.

Lloré, cara morena, para sofocar mis sentimientos.

Lloré porque la veleta de la torre,  
Buena consejera del tiempo,  
indicaba con su posición  
que seguiría lloviendo.

Lloré, pastora hermosa, por revivir el momento,  
el año del 96, cuando también te quedaste dentro.

Lloré, Estrella y Lucero,  
por los que querían contemplarte  
desde el balcón del cielo.

Lloré porque también lloró el pueblo,  
ése que te esperaba  
a las puertas de tu templo,  
al que no le importó mojarse,  
con las lágrimas caídas del cielo.

Los paraguas se cerraron.

La muchedumbre, en silencio.

Todos querían contemplar

A mi Virgen de la Soledad

Y a mi Cristo de los Remedios.

Lloré por que vi llorar a hombres  
que os mecen como ángeles,  
con el corazón, con el alma, sin esfuerzo,  
que cambian traje y corbata,  
por vestirse de costalero,  
que esperan con ilusión todo el año,  
que llegue ese sublime momento.

Lloré, reina del cielo,  
porque también vi llorar

a nuestros hermanos nazarenos  
que con túnica y capirote  
hacen su Estación de Penitencia en silencio,  
y en sus manos portan cirios  
que iluminan nuestro camino  
y lo llenan de claveles y gladiolos,  
de rosas y de lirios.

Lloré, Cristo de los Remedios,  
porque también vi llorar  
a mis compañeros de Junta de Gobierno,  
por sus horas de trabajo,  
de dedicación y de esfuerzo,  
porque su ilusión y sus sueños  
quedaron derribados  
como lo hacen las hojas con el viento.

Lloré, Señor eterno,  
porque vi llorar a los Santos  
que os acompañan en el templo,  
Lloró la Virgen de Guía,  
lloró San José Bendito,  
lloró el Corazón de Jesús en el Sagrario,  
Lloró la Virgen de la O, la del Rocío,  
y la del Rosario,  
Lloró Santa Ángela de la Cruz,

Santiago y San Francisco,  
y hasta San Juan en el Calvario,  
en memoria de aquel Viernes Santo,  
cuando entregaste tu vida,  
y por Ti nos salvamos.

Lloré porque también lloró  
el aguador que ofrece agua fresca al costalero,  
el que lanza un rezo, un quejío, una oración,  
en voz alta, desde un balcón, y lo llaman saetero.

Lloré porque lloró el capataz  
que dirige los pasos con esmero,  
que da luz a esos ojos  
caminantes de senderos,  
que mantienen viva la llama de la fe  
aún estando ciegos.

Lloré porque vi llorar  
a tu vestidor y tus camareras,  
los que no tienen horario  
para engalanarte como reina,  
tesoreros de tus vestidos,  
de tus coronas, de tus peinas,  
de tus joyas, de tus rostrillos,  
de tus sandalias y de tus sayas,

de tus mantos bordados y lisos.  
Lloré porque también lloraron  
la Verónica que acompaña al Señor  
con su rostro en un pañuelo marcado,  
y la Fe que, vestida de blanco,  
va delante de la Virgen  
con vara y cáliz sagrado.

Lloré porque lloraron  
nuestros hermanos acólitos  
que portan los ciriales  
e iluminan, con sus velas, los pasos  
de nuestros Sagrados Titulares.

Lloré porque también lloró  
mi querido Grupo Joven,  
savia nueva que brota  
y fortalece a mi Hermandad  
con su ilusión y su entrega,  
con sus infinitas ganas de trabajar.

Lloré porque también lloraron  
mis hermanos que blancas tienen sus sienes  
por el paso de los años,  
y embelesados, miraban a los pasos,

pensando si podrían ser testigos  
del próximo Viernes Santo.

Lloré, Señor de los Remedios  
porque lloraron los pelícanos,  
que acompañan tu caminar  
en las esquinas de tu paso dorado.

Lloré porque también lloró  
el ángel que contigo va en la urna  
que apunta con la cruz al cielo  
donde te alumbra la luna.

Lloré, Virgen de la Soledad,  
porque también lloraron  
las velas de tu candelería,  
el rosario de tus manos,  
tu corona de espinas,  
la paloma de tu manto,  
tus candelabros de cola,  
y tu histórico arco,  
antesala de tu entrada,  
en tu Plaza, cada año,  
el puñal de tu pecho,  
los evangelistas que custodian el techo  
de tu palio,

y la Virgen de los Reyes  
tu compañera el Viernes Santo.

Lloré, y lloraría de nuevo  
si volviera a pasar  
delante del mundo entero,  
porque un Viernes Santo  
sin verlos en la calle a Ellos,  
es la peor de las vivencias  
que pueda sufrir un placeño.

Tras el rezo de unas preces,  
se oyó la voz del capataz  
llamando a los costaleros,  
¡Al cielo, valientes con Él,  
que vamos a presentar al Cristo de los Remedios!

Al toque del llamador,  
tu paso empezó a moverse,  
lentamente, despacito,  
que todos queremos verte.

Suena la marcha Amargura,  
te vas asomando al pueblo,  
qué éxtasis, que locura,  
¿Estamos viviendo esto?



Tu sola presencia inundó  
de alegría el ambiente,  
la emoción nos embargó,  
porque allí Tú estabas presente,  
qué solemnidad tan grande  
ser testigos de tu muerte.

Su madre, Soledad, viene detrás.  
Le han arrebatado a su Hijo,  
aunque sabe que resucitará.

Virgen de la Soledad,  
asoma tu cara morena  
que el pueblo esperándote está  
que nunca te has visto sola  
y siempre te acompañará.

Soledad, rosa de Castilleja,  
nuestra pastora celestial,  
nuestra Capitana Generala,  
la flor del más bello rosal.

Tu cara resplandecía.  
Yo, yo no apreciaba tu descontento,  
estabas feliz Soledad mía,

de sentirte tan querida  
Por tus hijos, los placeños.

No hizo falta la salida,  
eso, fue la gloria para nosotros,  
y disfrutamos tanto,  
porque si hubo palmas y mecidas,  
lágrimas y llanto,  
marchas y vivas,  
saetas y encanto,  
sí hubo Madre Mía  
en Castilleja Viernes Santo.

Llegando el mes de diciembre, Ángel, siento un cosquilleo especial que recorre mi cuerpo ante la llegada de la Navidad. El frío que cala los huesos, el olor a leña recién cortada que arde en cualquier chimenea del pueblo y el inconfundible aroma del lentisco despiertan en mí sensaciones que aún en la siguiente expresión. *¡Ya huele a Jornaditas!* Ya sé Ángel que en el cielo has oído hablar de nuestras Jornaditas, los nueve días de camino que la Virgen de la Soledad y San José se dirigen a Belén para tener al Mesías. Y es que no todas las Hermandades gozan del privilegio de poder celebrar el nacimiento de Jesús. La Hermandad de La Plaza puede presumir de hacerlo, y a lo grande.

Montada en un jumentillo  
María se dirige a Belén,  
le acompaña en el camino  
Su Esposo San José.

Todos se alegran al verla  
porque llena de gracia está,  
la paloma, la ardilla,  
los pastores y Cuquilá.

El camino es largo y pesado  
a María le entra sed,  
ven un pozo a lo lejos  
donde se paran a beber.

La Virgen calienta sus manos  
con el fuego de una candela  
que ha encendido el casto José  
después de recoger la leña.

Nunca antes se había visto  
a Pastora tan hermosa,  
escucha bien las coplillas  
que cantan nuestras cantoras.

San José, hombre precavido,  
sabe que se acerca el momento,  
busca posada y no encuentra,  
cuanta inquietud y sufrimiento.

Pero encontró un pesebre  
lleno de amor y humildad  
lleno de corazones creyentes  
lleno de esperanza y de paz.

Pesebre que está en La Plaza  
y que la rosa del cielo  
aceptó con confianza  
sabiendo que ésta sería  
para siempre su casa.

Y llega la Noche Buena,  
noche de expectación,  
celebramos la Misa del Gallo,  
qué orgullo y tradición.

Todos estamos nerviosos  
por ver a Dios nacer.  
¡Qué emoción siento tan grande  
cuando veo las cortinas correr!

El templo está repleto.  
Aquí, aquí no cabe un alfiler.  
Vamos a ser testigos  
del nacimiento en Belén.

Ángeles corren a la torre  
que corona esta Iglesia Parroquial  
para ver si todo está listo  
que el reloj las doce va a dar.

Querubines bajan del cielo,  
para bendecir al Niño Dios,  
si este año, Ángel,  
quieres estar presente,  
acepta la invitación  
contar con tu presencia  
nos haría mucha ilusión.

Reclinadito entre pajas  
se encuentra el Niño de Dios  
que mira a la Virgen, su madre,  
con dulzura y con primor.

¡Qué guapa estás Soledad  
junto a tu recién nacido!  
¡Qué imagen más celestial  
Si parece que está dormido!

San José, tu fiel esposo,  
te acompañó en el camino,  
te buscó posada y refugio  
donde vino al mundo el Rey divino.

No hizo falta palacio,  
ni oro ni riqueza,  
para que el rey del mundo viniera  
en pesebre de amor y pureza.

Los pastores en el campo  
cuidaban de sus ovejas.  
A ellos llegó el rumor  
de la Buena Nueva.

Todos quieren adorar  
Al esperado Mesías.  
Todos acuden al portal  
para poder contemplar  
al Niño, San José y María.

¡Qué fiesta hay en Belén!  
¡Qué fiesta hay en La Plaza!  
¡Qué no paren los cohetes  
los petardos y las tracas  
que son nuestros corazones  
que en el pecho nos estallan!

Nuestros corazones alegres  
se acuerdan de los que no están  
pero en el cielo también hay fiesta  
que los placeños saben celebrar  
que es Noche Buena en La Plaza  
Y aquí nadie puede faltar.

¡Todos te contemplamos con gozo  
Madre de la Soledad!  
Con sólo mirarte a la cara,  
Padre mío de los Remedios,  
se agolpan en mi mente,  
los más gratos recuerdos.

Fue una noche de primavera,  
cuando, como si fuera un sueño,  
pude con mis manos tocar tu cuerpo  
para llevarte, al altar, tu aposento,  
y exponerte ante mis hermanos  
para que en tus pies estamparan mil besos.

Y durante, ese traslado,  
que a mí se me hizo eterno,  
te miré fijamente,  
te contemplé en silencio,  
te recé como siempre,  
aferrada a tu cuerpo.

En ese momento confieso  
que teniéndote entre mis brazos  
yo te sentí muerto.  
Y aunque intenté sin remedio,  
escuchar de tu boca,  
un suspiro, un aliento,  
te deposité en tus andas,  
inmóvil, sereno,  
y mirándote a la cara,  
sentí un inmenso deseo,  
de darte un beso en la frente,  
muy cerquita de tu pelo,  
beso que brotó de mis labios  
Con el más absoluto respeto;  
Beso que tuvo para mí,  
un gran significado,  
porque todos mis sentimientos, Padre,  
en él quedaron reflejados.



Fue un beso de amor,  
Fue un beso de ternura,  
Fue un beso de corazón,  
Fue un beso de dulzura.

Pero si de todos estos sentimientos,  
uno debiera escoger,  
me quedo solamente, Padre,  
con mi infinita FE,  
porque creo en Ti ciegamente,  
porque no hay un día en mi vida,  
que no te nombre o te recuerde,  
porque quería darte las gracias  
por todo aquello que te pido  
y tú, tarde o temprano, me concedes.

En ese corto recorrido,  
camino del altar;  
mi mente se transportó  
al año de tu muerte,

y quise ser uno de tus discípulos,  
para vivir en persona, contigo,  
innumerables episodios, escritos en versículos  
y recogidos en la Biblia, reflejo del cristianismo.

Cómo me hubiera gustado,  
estar en la sinagoga,  
escuchando las sabias palabras  
que brotaban de tu boca.

Cómo me hubiera gustado,  
visitar contigo el templo  
convertido en mercado,  
y echar a los comerciantes  
de ese lugar sagrado.

Cómo me hubiera gustado,  
estar en el Río Jordán,  
para que echaras sobre mi cabeza  
esa bendita agua bautismal.

Cómo me hubiera gustado,  
Presenciar uno de tus milagros,  
Cuando curaste al ciego,  
o resucitaste a Lázaro.

Cómo me hubiera gustado,  
Recibirte en Jerusalén,  
Ese Domingo de Ramos,  
Montado en un borriquillo  
entre palmas y vítores aclamado.

Cómo me hubiera gustado  
Estar en la Santa Cena  
Donde tu cuerpo, fue pan  
Y tu sangre, vino;  
Que alimentan nuestra fe  
Desde hace ya siglos.

Cómo me hubiera gustado  
Estar en el Monte de los Olivos,  
Para defenderte con uñas y dientes  
de tus ciegos enemigos.

Cómo me hubiera gustado,  
Aliviar tu sufrimiento y dolor  
De todo cuanto te hicieron  
Sin piedad ni pudor.

Cómo me hubiera gustado  
Ser uno de tus discípulos  
Que te bajó de la cruz  
Y te llevó a tu sepulcro.

Cómo me hubiera gustado  
Ver solo allí tu sudario,  
Y decir a los cuatro vientos  
¡Cristo ha resucitado!

A mí no me haría falta  
Meter el dedo en tus llagas.  
Es tanta la fe que siento  
Que puedo decir en voz alta:  
¡Mi Cristo de los Remedios  
resucitó en La Plaza!

Noviembre, el mes de los difuntos. Otra de las vivencias que se ha quedado grabada en mi retina es el Vía Crucis que Nuestro Padre Jesús de los Remedios realizó al Campo Santo para visitar a nuestros hermanos difuntos cuyos restos reposan en eterno descanso. Sabes, Ángel, como a la mayoría de las personas, a mí me da mucho miedo morirme, no solo porque temo al sufrimiento, sino también porque confieso que me asaltan dudas propias del desconocimiento acerca del más allá y que Tú, alma del cielo, me podrías contestar:

- ¿Cómo se vive allá arriba?  
¿Qué siente uno cuando no tiene cuerpo sino alma; cuándo no puede sentir el contacto físico con la gente que tú amas?;  
¿Cuándo no puedes expresar tus sentimientos con el don de la palabra?

Tu visita al cementerio,  
Como un difunto más,  
Fue una cita ineludible

A la que no pude faltar.

La Parroquia de Santiago

Tuvo ese día un entierro singular,

Todos veíamos al Muerto,

Las campanas no dejaban de sonar.

Padre mío de los Remedios

Camino, camino vas del cementerio.

Tus hijos quisimos llevarte

En andas, al descubierto,

El aire rozaba tu cuerpo,

El sol brillaba en el cielo.

No se escuchaba un murmullo

Tus hijos te acompañamos en silencio,

Con lágrimas en los ojos

Y el aroma del incienso.

El cortejo delataba

La importancia del entierro.

Ha muerto el Rey de Reyes,

Ha muerto mi Cristo de los Remedios.

No se ha visto en Castilleja  
Duelo como este igual,  
Enfilas la calle Virgen del Loreto,  
Arropado por tus hijos que no te quieren dejar.

Tu visita al Campo Santo  
Fue para mí un milagro  
Nuestros hermanos difuntos  
Gozaron con tu presencia  
Después de tantos años.

Padre mío de los Remedios,  
Ya estás, ya estás en el cementerio.

Mi corazón se estremeció  
Cuando por las puertas vi entrar  
Al Rey de los Cielos  
Como un difunto más.

Y allí rezamos oraciones  
Por el eterno descanso  
De los que creyeron en Ti  
De los que murieron sabiendo  
Que la vida no llegaba a su fin.

Qué fe tan grande sentimos por Ti  
Que da igual a donde vayas,  
A donde vayas, contigo vamos a ir,  
Eres el pilar de nuestras vidas,  
Eres el remedio a nuestro sufrir.

Observando tu rostro, Padre,  
Pensé que habría una despedida,  
Que ya no volvería a verte  
En los años que me quedara de vida.

Que tu urna en la Plaza  
Se quedaría vacía,  
Y que mi Virgen de la Soledad  
lágrimas derramaría  
al ver cómo su Hijo  
sepultura de nuevo recibiría.

Pero Tú regresaste a Tu Plaza,  
A tu Parroquia, a tu sepulcro,  
Donde te rezamos por las almas  
Que habitan en el otro mundo.

Qué alegría tan inmensa  
Sentimos al comprobar  
Que tus hijos te traían de nuevo

A tu casa, a tu hogar.

Padre mío de los Remedios,  
Regresaste, regresaste del cementerio.

Qué sería La Plaza sin Ti,  
Qué sería sin tu traslado,  
Sin poder pasear tu cuerpo  
En tarde de Viernes Santo.

Qué sería La Plaza sin Ti,  
Sin verte en tu calvario,  
Sin poder besar tus pies  
Sin tocarlos con mis manos.

Qué sería La Plaza sin Ti,  
Alma de los placeños,  
Tenerte junto a nosotros  
A mí me quita hasta el sueño.

Qué sería La Plaza sin Ti,  
Sin poder mirar tu cara  
rezándote un Padre Nuestro,  
Sin la misa de los jueves  
Nuestro más fiel sacramento,



Donde manifestamos  
El inmenso amor que te tenemos.

Qué sería la Plaza sin Ti  
Padre mío de los Remedios.

Eres remedio de nuestros males,  
Remedio del sufrimiento,  
Remedio de la enfermedad,  
Remedio del desconsuelo.

Eres remedio de nuestros pecados,  
Remedio de nuestro dolor,  
Remedio de nuestra congoja,  
Remedio de nuestra aflicción.

Eres remedio de las injusticias,  
Remedio de la sin razón,  
Remedio de la avaricia,  
Remedio de la destrucción.

Eres remedio para el pobre,  
Para el huérfano y el enfermo,  
Para el que se siente solo,  
Para el inmigrante y el preso,  
Y también para el indefenso.

Eres remedio de Castilleja  
Que te reza y te venera  
Por ser Tú la luz del mundo,  
Esperanza verdadera  
Caudal de infinita agua  
Donde nuestros labios beba  
Para calmar nuestra sed,  
Para aliviar nuestras penas,  
Para aumentar nuestra fe,  
Para olvidar las tristezas,  
Para pedir por el prójimo  
Al que tenemos tan cerca,  
Para ser el refugio  
Del que se encuentra a tu vera,  
Para gritar a los cuatro vientos  
Que Tú eres Padre Mío  
El Rey de Castilleja.

No hay un día más grande en la vida de un placeño que el Viernes Santo, o al menos eso siento yo. Con solo pronunciar "Viernes Santo en Castilleja", mi cuerpo se estremece hasta el punto de erizárseme los poros de mi piel. El placeño espera con ilusión la llegada de este grandioso día, arrancando al calendario los días vividos, y echando mano a las matemáticas, para saber, con exactitud, cuántos días quedan hasta la señalada fecha. "Y hoy ya

queda uno menos". La venida de la primavera, Ángel, se convierte en la antesala de nuestra Semana Mayor. Después, llegan los preparativos para celebrar los cultos en honor a nuestros Sagrados Titulares. Antes, tiene lugar el traslado de mi Virgen de la Soledad, en el que baja del altar, vestida de antigua mujer hebrea, para volvernos sus ojos misericordiosos y decirnos con su mirada que ya está preparada para padecer la muerte de su Hijo. Después, llega el Septenario, siete días de rezos dedicados a la Soledad de la Virgen, mujer llena de gracia que aceptó la voluntad de Dios sabiendo que su vida estaría marcada por el sufrimiento de la injusta muerte de su Hijo y su terrible Soledad. El Septenario culmina con el tradicional Besamanos a la Virgen de la Soledad que,

vestida de Reina se acerca,  
a todos sus hijos,  
para que contemplemos su belleza,  
con su corona Grandiosa  
custodiada de estrellas,  
que ángeles hicieron bajar del cielo  
para alumbrar su tez morena.

Después, mi Cristo de los Remedios,  
abandona su urna camino del altar,  
para que nuestros hermanos,  
sus pies puedan besar.

Le sigue el solemne Triduo,  
en el que te acompañamos con rezos y cirios,

y velamos tu cuerpo,  
lleno de sangre y moratones,  
símbolo del sufrimiento  
que hicieron padecerte esos traidores.  
Y llega tu traslado, en el que te presentamos ante el pueblo, para  
que derrames tu bendición, antes de descansar en tu paso.  
No puedo explicar con palabras  
lo que siento Padre mío  
cuando en mis hombros te llevo,  
por las calles de Castilleja,  
doblando las campanas a muerto.  
Se escucha música de capilla  
y rezamos los misterios,  
avanzas con paso firme,  
es la fe de este pueblo,  
la que te lleva en volandas  
de regreso a tu templo,  
donde depositamos tu cuerpo,  
inerte en el suelo,  
y con el rezo del Credo,  
te vas elevando al cielo,  
el cielo que es tu urna,  
donde te depositamos  
esperando la llegada  
del ansiado Viernes Santo.  
Y por fin llega.

Viernes Santo en Castilleja,  
El pueblo entero se engalana  
Para ver a las 8 de la tarde salir  
A mi Hermandad, en La Plaza.

El reloj de la torre,  
Anuncia la llegada del momento,  
Todos esperamos impacientes  
Que se abran las puertas del templo.

En el interior de la Parroquia,  
Se viven momentos intensos,  
Ya se acerca la esperada hora,  
Ya está formado el cortejo.

La estación de penitencia,  
Se inicia con unos rezos.  
Tras ellos, se abren las puertas,  
Y se hace realidad el sueño.

Sale la Cruz de Guía,  
Seguida de los nazarenos,  
Que de riguroso luto visten,  
Capa, túnica y capirote negro.

No se escucha una palabra,  
El aire quiebra el silencio,  
Todos estamos de duelo.  
Ha muerto Jesús de Nazaret,  
Mi Cristo de los Remedios.

La voz del capataz  
Llama a los costaleros  
A pulso, con Él, valientes,  
Que vamos a pasear  
A este Cristo yacente  
Que aceptó entregar su vida  
Sin pensárselo dos veces,  
Por la salvación de este mundo  
Aunque no seamos conscientes.

Despacito, despacito,  
Sin tan siquiera moverte,  
Te van acercando a la puerta,  
Todos queremos verte,  
Y contemplar tu cuerpo,  
Ensangrentado e inerte,  
Martirizado de golpes,  
Crucificado sin suerte.

Qué escalofrío recorre mi cuerpo  
Cuando en tu urna de cristal,  
Te veo salir Padre Mío,  
Mis lágrimas comienzan a brotar.

Un ángel custodia tu descanso  
Y al cielo apunta con la cruz,  
Símbolo de nuestros pecados  
A los que remedio ofreces Tú.

Te acompaña la Verónica  
Mujer a la que no le importó  
Enjugar tus heridas,  
Limpiar tu sangre y sudor,  
Con una sábana blanca  
Donde tu rostro se marcó,  
Camino del Monte Calvario  
¡Cuánto padeciste Señor!

Tras la marcha real,  
Los tambores y cornetas  
ya comienzan a sonar.

Al compás de la música  
Inundas la Plaza con tu presencia  
Que se mezcla con el azahar

¡Qué exquisita fragancia!

Detrás viene tu madre  
Que llora por tu muerte.

Tu paso abandona la Plaza  
camino de la calle Enmedio.

Mi corazón es un suspiro  
Que no te quiere dejar,  
Pero me quedo en la Plaza  
Pa vé salí a mi Soledad,  
Pa llorar también su pena  
Por la muerte de su hijo  
Cuánto dolor y tristeza.

La acompañan nazarenos  
Vestidos de rojo y blanco  
Qué orgullo portar en el pecho  
nuestra Cruz de Santiago.

Tras la voz del capataz  
El paso a pulso se levanta,  
Cuánto amor, cuánta dulzura  
Nos transmites con tu mirada.



Y aquí estamos nosotros, tus hijos,  
Pendientes de una Madre  
Por la que daríamos la vida  
Como ya lo hiciera el Padre,  
Jesús de los Remedios,  
Remedia nuestros males.

Cuando suenan las bambalinas  
Y tu paso empieza a moverse,  
No sé que siento Madre Mía  
Es un sentimiento tan fuerte  
Que mientras Dios me conceda salud  
No dejaré un Viernes Santo sin verte.

¡Menos paso quiero!,  
Que no se mueva un varal  
Que llevan vuestros corazones  
A la Virgen de la Soledad.

Ya están los dos en la calle.  
La Plaza se queda sola.  
Un arco le dice al otro.  
- ¿Has visto mujer más hermosa?

Y el otro le responde:  
- Si parece bajada del cielo

Y eligió a Castilleja  
De todo el universo  
Para enterrar a su hijo  
el Cristo de los Remedios.

- Qué ganas tengo de verla  
Subir la calle convento.  
Que no la roce ni el viento,  
El tiempo se me hace eterno.  
Ella, nuestro mayor tesoro,  
y derrama bendiciones  
Por las calles de este pueblo.

Y también las derramará  
Este año cuando pases  
Por nuestra Casa Hermandad  
Restaurada por tus hijos  
Que demuestran, cada día más,  
Que no hay sueño que se resista  
Que aquí, en La Plaza, todo se hace realidad,  
Gracias a su entrega infinita  
Por hacer más grande a nuestra Hermandad.

Ya mi Cristo de los Remedios  
Enfila la calle Convento.  
Ya te llevan de regreso

Tus hermanos costaleros  
A los que no les pesa tu cuerpo.

Las prisas ya se olvidan.  
Que no termine el momento.  
Que llevo un año esperando  
Pa llevarte padre eterno.

Mi Cristo de los Remedios  
Hace su entrada triunfal.  
Qué sublime escenario  
Cuando cruzas tu arco  
en tu Plaza de Santiago.

Ya está aquí la recogida.  
Que pena siento Dios mío,  
Y llega la despedida.

Solamente te pido salud  
Para poder volver a vivir  
otra tarde de Viernes Santo,  
caminando junto a Ti.

Y a ti Soledad,  
ya te vemos venir  
Arropada por tus hijos

Que no se apartan de Ti.

Tu arco le grita al cielo  
¡Ahí viene mi señora;  
Por Dios, cuanto la quiero!  
Que no deje de sonar  
La marcha Campanilleros  
Que suenen las bambalinas  
Que suenen esos racheos  
Que nuestra Madre Bendita  
Está de nuevo en La Plaza  
Y esto me parece un sueño.

Todo ha quedado consumado.  
Mi Cristo de los Remedios ha muerto  
y ha sido enterrado  
por sus hijos los placeños.  
Ahora, Ángel, tan sólo queda esperar,  
como recogen las Sagradas Escrituras,  
que llegue el tercer día  
para que el duelo dé paso  
a la fiesta y la alegría.  
Y el Sábado Santo es día de preparativos.  
Los balcones cambian su atuendo  
con banderas rojas y blancas  
que gritan al mundo entero

que el Domingo de Resurrección  
estará al alba en La Plaza.

La ropa de nazareno,  
con la que realizo la Estación de Penitencia,  
da paso a mi traje de flamenca.

Nuestra carreta de plata es adornada con flores de mil colores para  
que nuestro Simpecado recorra y bendiga las calles de Castilleja.

Qué noche tan especial.

Qué nervios, yo no me puedo dormir.

Qué ganas tengo Dios mío,  
de escuchar los sones del primer clarín,  
señal inequívoca de que tu muerte  
ha llegado a su fin.

Y para celebrarlo,  
antes de que salga el sol,  
en la Parroquia

hay Misa de Resurrección,  
donde vuelves a ofrecernos tu cuerpo glorioso en forma de pan y  
vino; misa tradicional en la que somos testigos de tu auténtica  
resurrección y la que asistimos con fe y devoción, siendo  
conscientes de la importancia del milagro que ha acontecido.

Tras la misa,

La Plaza se engalana con altares de prestancia  
donde tu cuerpo divino  
queda expuesto en custodia de oro fino.

Y Tú recorres la plaza, bajo palio,

al son de la marcha triunfal,  
porque venciste a la muerte  
y con nosotros te quisiste quedar.

A las diez de la mañana, la algarabía, las palmas, los vivas y los  
papelillos se hacen presente en La Plaza. Esperamos impacientes  
que nuestro Simpecado se asome por el dintel de la Parroquia al  
son de la marcha real para ser expuesto en nuestra carreta de  
plata. La torre también quiere participar de esta gran fiesta y  
presenta sus mejores galas.

Con qué arte y señorío  
Sabemos celebrar  
Esta fiesta declarada  
De Interés Turístico Nacional.  
El color rojo y blanco  
invade las calles de Castilleja.  
Pañuelos vuelan al viento,  
al igual que las banderas  
y los papelillos que nos caen en la cabeza.  
Mujeres guapa ataviadas  
con sus trajes de flamencas.  
Todos cantamos y bailamos  
al son de sevillanas placeñas  
acompañadas con guitarra,  
palillos y pandereta.  
Nuestra carreta de plata

Por el pueblo se pasea.  
Nos asalta la alegría,  
Se acabaron las tristezas.  
Los placeños estamos de fiesta  
Mi Cristo de los Remedios  
ha resucitado, aquí en Castilleja.  
Y su madre, Soledad,  
vestida de gloria,  
también lo celebrará.  
Luz irradia tu cara,  
tu boca sonrisa plena,  
cómo brillan tus mejillas  
en tus manos azahar llevas,  
cuánta satisfacción tus ojos reflejan.  
El largo día culmina  
con tu salida, mi reina,  
Tu hijo que muerto estaba  
a la vida regresa.  
Qué milagro más grande  
poder compartir contigo,  
y gritar con todas mis fuerzas  
que ha resucitado tu hijo,  
mi Cristo de los Remedios,  
por el que la vida yo diera.

- Ya no me queda tiempo,

ya me acerco al final,  
ya se agotan mis palabras  
ya mi voz quebrada está,  
y yo que quisiera contarte  
Ángel, algunas vivencias más.

Solamente quiero que sepas  
Que aquí en La Plaza,  
tienes tu hogar,  
Que serás bien recibido  
Ejemplo de hospitalidad.

- No te preocupes, pregonera,  
que en esta mi breve estancia  
no he sentido ninguna distancia  
y tu palabra ha sido mi compañera.

- Y a través de ella, Ángel,  
yo te he querido contar  
los 26 años que llevo  
amando a mi Soledad,  
a mi Cristo de los Remedios,  
a mis colores, a mi Hermandad.

Un favor quisiera pedirte  
Que transmitas a los que en el cielo están  
Que los seguimos queriendo



Cada día, cada día más,  
Que la herencia que nos dejaron  
Es imposible de borrar  
Y que nuestros sentimientos  
Siguen vivos y encendidos  
Como las llamas de la antorcha  
Que iluminan nuestro camino  
Y que seguiremos pasando  
De padres a hijos,  
Para que nunca se marchite  
El sentimiento divino  
Que anida entre nosotros  
Y nos mantendrá unidos.

Y el Ángel se despidió  
Diciéndome estas palabras.

- No te preocupes, pregonera,  
que tu deseo se cumplirá.

Ya llegó la hora de irme,  
e irme ahora no quiero,  
quiero quedarme contigo,  
y contigo, desde aquí, tocar el cielo,  
el cielo que con sus manos  
puede tocar el placeño

que venera a su Hermandad  
toa su vida y hasta en sueños  
sueño del que no quiero despertar  
porque si despierto me muero  
que esto que hoy he escuchado  
lo he sentido con el alma  
lo he vivido sin tener carne ni hueso  
y desde hoy en adelante  
yo también soy un placeño  
y amaré a esta Hermandad  
desde mis entrañas, desde mis adentros.

De vuelta regreso al cielo  
Mi morada, mi aposento,  
Donde vuestros difuntos hermanos  
Se encuentran junto a San Pedro.

Qué inmenso gozo me llevo,  
Que grata sensación siento  
Que alegría de volver a verlos  
Para comunicarles  
Que de mi alma brota ahora  
La grandeza de ese mismo sentimiento  
Que he tenido la oportunidad  
De vivir lo que ellos vivieron  
Y de poder comprobar

Que, por mucho que has querido  
Transmitirme y explicar,  
SER DE LA PLAZA es lo mejor  
Que me puedo llevar  
De la tierra al cielo.  
HE DICHO.